

CHIARA LUBICH

El fuego de la unidad



Introducción

Pocas figuras femeninas del mundo católico de nuestro siglo han tenido tanta repercusión internacional —dentro y fuera del mundo religioso— como la ya desaparecida madre Teresa de Calcuta y Chiara Lubich. Una religiosa, la otra laica (si bien dio origen y preside un Movimiento que incluye entre sus miembros a sacerdotes y obispos). Una albanesa de nacimiento e india por adopción, la otra italiana con apellido eslavo que recuerda al imperio austro-húngaro. Las dos fundadoras, carismáticas, incansables en la realización de sus ideales, prudentemente sonrientes y de mirada profunda y sostenida. Las dos abismalmente proyectadas hacia la humanidad. Las dos con una fuerza espiritual que parece en desproporción con el físico, los años, el desgaste de una vida intensa. Fueron amigas, conscientes de que lo que una hacía no podía hacerlo la otra y viceversa. Una perdidamente enamorada de los más pobres entre los pobres, la otra increíblemente convencida de que

todos los hombres —más allá de culturas, religiones, condiciones sociales o generacionales— son candidatos a la unidad.

La unidad, palabra clave de la espiritualidad que anima al Movimiento de los focolares. ¿De qué unidad se trata? Lubich explica un pasaje del evangelio de Mateo, donde Jesús mismo promete su presencia entre aquellos que se reúnan en su nombre. Esa presencia divina se da entre quienes se aman cristianamente sin medida, fruto de la vivencia de la Palabra de Dios y de esa misteriosa alquimia que convierte todo dolor humano en un rostro del Crucificado.

Todo parece simple. En efecto, más de una vez Chiara Lubich observó que las intuiciones sobrenaturales son simples como Dios. Sin embargo, en esa simplicidad el lector reconocerá gran parte de la historia teológico-mística de la Iglesia y un camino ascético que nada tiene de habitual o acostumbrado.

Si por los frutos se conoce el árbol, es de observar que Chiara ha difundido su obra en casi todos los países del mundo y su propuesta alcanza a más de dos millones de adherentes, incluso no católicos, no cristianos y de convicciones no religiosas.

En efecto, el diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural es una verdadera pasión para Chiara, quien reconoce con espontaneidad que su trabajo no responde a un proyecto o programa, sino a la misteriosa acción del Espíritu. “Yo solo soy un instrumento” repitió en diferentes oportunidades.

Por otra parte, su figura trasciende las múltiples realizaciones del Movimiento de los focolares para alcanzar un lugar significativo en el contexto de las grandes personalidades espirituales de nuestro tiempo.

La obra de selección que aquí se presenta tiene el mérito de proponer, a modo de breviario o vademecum, una serie de breves textos ordenados alfabéticamente según sus temas. Algunos pertenecen a su obra más conocida y publicada, *Meditaciones* (numerosas ediciones en varios idiomas), y otros a libros posteriores o a temas y conversaciones.

Acompañan a este “vocabulario” algunas páginas donde, a través de respuestas o de su propia pluma, Chiara Lubich explica aspectos de la espiritualidad y de la historia del Movimiento. Algún texto está dirigido a un amplio público, otros a miembros internos de la Obra. Alguno está escrito con estilo poético, otros mantienen el sabor del lenguaje coloquial.

De todas maneras, el libro permite asomarse a la aventura de un alma excepcional e interesarse por los aspectos centrales de lo que Chiara misma llama el “Ideal”.

JOSÉ MARÍA POIRIER

resto casi no tuviera valor... Lo comprendí con mucha claridad durante la visita al Santísimo en la iglesia... Allí, con él —o con él presente en nuestro corazón durante la meditación— no hay peligro de engañarse. Allí se actúa realmente. Por otra parte, de no ser así, Jesús no hubiera ideado esa manera para estar entre los hombres: el sagra-rio, donde permanece por horas y días, meses y siglos, sino que hubiera imaginado un sistema más dinámico ante los ojos humanos para proseguir la revolución comenzada por él con su vida.

Alegría

La alegría del cristiano es como un rayo de sol que brilla en las lágrimas, como una flor que nace en la sangre, esencia de amor destilada del dolor. Por lo tanto es única, sobrenatural y de una potencia apostólica similar a un pedazo de cielo.

La alegría es el distintivo del *focolarino*; él debe transmitir felicidad en el mundo.

Alma

Un alma que ama es un pequeño sol en el mundo: transmite a Dios. Un alma que no ama vegeta, y es poco de la Iglesia, nada de María, antítesis de Cristo.

A ella nada le dice el melancólico aforismo: “No hay rosa sin espina”, antes bien, en la revolución de amor en que Dios la ha envuelto, cuenta claramente lo opuesto: “No hay espina sin rosa”.

El alma debe, más allá de todo, dirigir siempre la mirada al único Padre de tantos hijos. Luego mirar a todas la criaturas como hijas del único Padre.

Si un alma se da sinceramente a Dios, él la trabaja. Dolor y amor son las materias primas de este juego divino. Dolor para abrir abismos en el alma. Amor para suavizar el dolor, y más amor aún para llenar el alma y donarle el equilibrio de la paz.

Amor

Acaso todo el error radique en que en el mundo no se comprende el amor. Amor es la palabra más hermosa, pero la más deformada, la más desfigurada. Es la esencia de Dios, es la vida de los hijos de Dios, es el aliento del cristiano, y se ha convertido en patrimonio, monopolio del mundo. Está en los labios de quienes no debieran tener derecho a pronunciarla... Pero lo que no se comprende es el amor por excelencia: que Dios, que nos ha creado, descendió entre nosotros como hombre entre los

ÍNDICE

Introducción	5
Antología de frases	9
Entrevista	59